



## Seminario

### ***El Uno solo: clínica y política***

### ***J-A Miller El Ser y el Uno Capítulo XIV: El ultrapase***

#### **1. INTRODUCCIÓN**

El *ultrapase* es un nuevo concepto introducido por J-A. Miller que hace referencia, como decíamos el otro día, al Más allá..., en este caso, del pase. Un pase inventado por Lacan como conclusión ontológica (Pág. 9) pero que implícitamente, a partir de la última enseñanza, nos lleva a un nuevo concepto de inconsciente, el real, como explica en esa misma página.

No hay una definición pero sí se acerca cuando, en la Pág. 13, habla de una práctica desublimada, un horizonte, una puesta al día del sentido del síntoma analítico, algo que situará más allá del *deseo del analista*. Según dice: “el analista tiene que vérselas con los restos sintomáticos cuando el sujeto no parece conformarse con ellos. En ese momento, el análisis se convierte en un destete de sentido” (Pág. 13).

¿Que es un destete de sentido? Responde a un punto de goce más que a un punto de capitón, me atrevería a decir. Sin embargo, el propio punto de capitón conlleva, como veremos, algo del goce irreducible, como cuando Freud hablaba del ombligo del sueño.

Pero vayamos más despacio: esta clase es sin duda, un punto de capitón del propio Seminario. Miller lo dice en esta lección, a partir de una Jornada celebrada en Montpellier y lo contingente, lo que allí se produjo a partir de lo que él mismo había planteado. Pero me parece también una verdadera metáfora: por un lado de la enseñanza de Lacan ya que permite a Miller, a partir de estos últimos capítulos, plantear una nueva clínica de lo real que pone en juego un significante nuevo para nombrar algo en juego en el recorrido que hace de Lacan. Se trata del pase y su articulación en los distintos momentos teóricos según el avance de su enseñanza. Con el *ultrapase*, Miller da nombre a aquello que también llamó *el otro pase* o *el pase bis* y que se refiere al pase en los tiempos de la orientación por lo real; el pase en el momento clínico del *sinthome*.

Decía que es un punto de capitón de su propia enseñanza pues el mismo Seminario se convierte en punto y aparte solo retomado con algo a lo que desde aquí hace alusión: Los heréticos y Lacan-hereje a partir, precisamente, de *Lacan Año cero*. Y es que el *Uno solo* supone también una nueva concepción del lazo

social, las democracias y sus liderazgos que no pasa tanto como en otras épocas por las identificaciones y la autoridad y sí por el goce y las adicciones leídas como “formas extremas de la nostalgia del objeto”<sup>1</sup>. Un viraje de la sociedad contemporánea que va de la creencia en el Otro al imperio del Uno solo, de la regulación del goce al allá cada uno con su modo de gozar, cada uno a lo suyo, desde el imperativo del mercado.

Quiero decir que, como si se tratara de una caja china, intrínsecamente en la enseñanza de Lacan y la elucidación que hace Miller, este *Ser y el Uno* es un punto nodal, un tiempo de ver, en Montpellier, una nueva clínica. Pero también, su momento de concluir... su enseñanza pues es el último Seminario dictado. Algo solo retomado con *La movida ZADIG*. En ese sentido es conveniente que prosigamos con las Conferencias de Turín como una continuación lógica, quizás, de su enseñanza si bien pasó casi una década entre *El Ser y el Uno* y *Las Conferencias de Madrid y Turín*.

Miller, pues, se encuentra con el síntoma como la última consistencia clínica de la que Lacan habló y, sintiéndose preocupado en dilucidarla, da cuenta de lo que en cada momento de elaboración teórica fue una consistencia clínica con respecto al pase.

La primera, que conocemos como la primacía de lo simbólico, una clínica del desciframiento y de la interpretación a partir de las formaciones del inconsciente en donde se oculta una verdad reprimida. Pero, como señala Laurent, “desde que se evoca la interpretación surge el malentendido. El binario entre el texto y su interpretación nos extravía. Caemos inmediatamente en la ilusión que existiría el lenguaje de lo inconsciente y que éste llamaría a un metalenguaje, la interpretación”<sup>2</sup>. Remite al deseo y el deseo no es la interpretación metalenguajera de una pulsión confusa preliminar. El deseo es su interpretación. Las dos cosas están al mismo nivel. Algo importante que señala Laurent en esta consistencia lógica es que los psicoanalistas forman parte del concepto de inconsciente, puesto que constituyen aquello a lo que éste se dirige”<sup>3</sup>. El psicoanalista no puede dar en el blanco sino estando a la altura de la interpretación que opera el inconsciente, ya estructurado como un lenguaje. Es preciso no reducir ese lenguaje a la concepción mecánica que puede tener la lingüística. El inconsciente estructurado como un lenguaje, Baltimore al amanecer, Tokio o La Alhambra de Granada, diferentes símiles del inconsciente, remiten a que no hay Otro del Otro, pero también suponen un atolladero pues algo no se resuelve: el goce y la pulsión.

De ahí la siguiente consistencia lógica que Miller llama del fantasma, como un mixto del inconsciente y del Ello freudiano. El final de análisis no se orienta, entonces, por el desciframiento del inconsciente solamente si no que aparece un punto permanente de goce que llamará objeto “*a*” que, como

---

<sup>1</sup> Miller JA: Las profecías de Lacan. Entrevista a JA Miller *Psicoanálisis inédito*, 18 de agosto 2011 INTERNET

<sup>2</sup> Laurent, Eric: *La Interpretación: De la Verdad al Acontecimiento*. Discurso pronunciado en Tel-Aviv, junio del 2019. INTERNET

<sup>3</sup> Lacan, Jacques. *Posición del inconsciente*, in *Escritos*, tomo 2. Buenos Aires: Paidós, 2009, p. 793.

sabemos, forma parte de la fórmula del fantasma y que llevará el final de análisis y el pase a otro lugar, a lo que llamó atravesamiento del fantasma. En esa concepción del pase el sujeto, el pasante, dará cuenta de la caída de las identificaciones, de su ser para el Otro del lenguaje, pero también del objeto que fue para el Otro en su fantasma. Como señala Miller la fórmula del fantasma reúne dos términos heterogéneos: el sujeto, del orden simbólico, y el objeto *a*, del orden real.

Esto implica desbrozar inconsciente y Ello, por un lado, y deseo y goce, por otro, para concluir, como señala Miller en el texto de orientación para el próximo Congreso de la AMP, que el deseo del analista ya no es suficiente para dar cuenta del ultrapase: “La posición del analista, cuando se confronta con el Haiuno en el ultrapase, no está ya marcada por el deseo del analista sino por otra función que será preciso elaborar a partir de ahora”<sup>4</sup>. Esto tiene consecuencias en el orden de la Escuela Una, me parece, pues ya no es suficiente la transferencia de trabajo y el deseo del analista como pivotes sobre los que descansa el lazo social de la Comunidad analítica.

Deseo y pulsión recorren la obra freudiana entrelazados. En Lacan no es así. Si bien le dedicó el Seminario VI *El deseo y su interpretación* (1958) y localizó en el grafo del deseo durante una época toda la teoría y práctica del psicoanálisis, como dice Miller (Pág. 3), tras el Seminario X *La angustia* (1963) el deseo queda un poco relegado. La pulsión es considerada uno de los cuatro conceptos fundamentales ya en el Seminario XI (1964) aunque después quedará reabsorbida bajo el goce. Podríamos decir que Lacan trató de llevar la dialéctica del deseo a la lógica del goce. Pero en su última y muy última enseñanza, a partir sobre todo del Seminario XXIII, la primacía ya no es de la repetición sino de la iteración.

Si seguimos la última enseñanza de Lacan por lo que se refiere a una lectura más atenta sobre la interpretación y el punto de capitón podríamos obtener, quizás, algunas conclusiones curiosas. E Laurent en un artículo publicado muy recientemente *La interpretación: de la verdad al acontecimiento*<sup>5</sup> sostiene y defiende el concepto de interpretación al que le aplica, eso sí, la iteración. Sería una especie de interpretación como acontecimiento, como jaculatoria. Esto respondería, en cierto sentido, a la cuestión del dispositivo del psicoanálisis como autismo de dos que salva el goce, el autoerotismo, por una lengua común. “el goce es auto erótico pero la lengua no es un asunto privado”. Lacan explora en su clínica los recursos de aquello que puede permitir al analista hacer resonar otra cosa que el sentido, alguna cosa que evoque el goce en la lengua común.

Primeramente está la poesía presente en la cadena significativa si se le agrega la voz, “el relieve de la voz”, como decía Araceli Fuentes en la transmisión de su pase. La topología de la poética revela que el lenguaje no es información “sino resonancia que pone en valor la propia materia que liga el sonido y el sentido”.

---

<sup>4</sup> Miller, Jacques Alain: *El ser, es el deseo*. Texto de orientación al XII Congreso de la AMP: El sueño: Su interpretación y su uso en la cura psicoanalítica. INTERNET

<sup>5</sup> Laurent, Eric: *La interpretación: de la verdad al acontecimiento*. Tel Aviv 2 de junio de 2019. INTERNET

Esto es lo que Miller sostiene, creo, a lo largo del Curso: no hay Uno sin el Otro y es lo que se puede inducir cuando, en la Pág. 11, habla de los embrollos del significante. Embrollos de la verdad, embrollos del deseo, de la prohibición, embrollos del Edipo porque, en su raíz, el significante viene a percutir lo real en el cuerpo. O, en la Pág. anterior: no hay sentido sin goce y, entonces, no hay significante que no esté ligado a la pulsión. La raíz del Otro es el Uno.

La iteración del Uno, va más allá de la repetición significante. Tenemos, pues, el deseo como deseo del Otro del lenguaje y la pulsión como pulsión del Uno; por lo que puede que la pulsión no esté totalmente o nada de acuerdo con el deseo. Es algo que puso de manifiesto Jorge Alemán en su reciente visita a Granada con ese ejemplo tan explícito de una feminista cuyo fantasma puede ser de penetración más que de compenetración. No es lo mismo ser una mujer de deseo que una mujer de pulsión por hacer un chiste con lo que señala Miller en el texto: “No es lo mismo ser un hombre de deseo que un hombre de pulsión” (Pág. 7)

El fantasma, híbrido de deseo y goce, no es una formación del inconsciente. Ya estaba presente, en cierto modo, en Freud, *Pegan a un niño (1919)*: a partir de los significantes, asociaciones, recuerdos encubridores, sueños y lapsus no se puede directamente inferir lógicamente la tercera parte del fantasma y la causa del deseo. La interpretación da su paso a lo que Freud llama construcción en análisis. El atravesamiento del fantasma al final del análisis deja disjuntos el sujeto y el *objeto a*. Pero el objeto de la pulsión guarda aún un rasgo de semblante en cuánto tapa el agujero que el sínthome no tiene.

En ese sentido podemos completar el esquema de la Pág. 4

Formaciones..... S1\_\_\_\_\_ S2\_\_\_\_\_ sn  
Fantasma.....S1\_\_\_\_\_a (Sva)  
Sínthome.....S1\_\_\_\_\_agujero

Lacan seguirá sus elaboraciones hasta dar cuenta de que el objeto no es fundamental en sí mismo, sino que “es un jalón alrededor del cual la pulsión vuelve al cuerpo” (Pág. 6). Este esquema ya estaba presente en una obra tan temprana como *Tres ensayos para una teoría sexual (1905)* y en el Seminario XI de Lacan pero toma otra dimensión desde el momento en que el cuerpo es el Otro, se goza. “El cuerpo pues, goza, hay una reflexibilidad del goce” (Pág. 6). En ese sentido los S1 ya no remiten a S2 sino al mismo punto de goce, iteración del Uno en el cuerpo y no repetición de significantes en una metonimia inagotable.

Entiendo, entonces, que el inconsciente real es el punto en donde un S1 ya no llama más a un S2 para dar sentido, manteniéndose como Uno solo; estaríamos entonces en la materialidad del significante, un significante que opera como goce sentido, como letra que hace borde al fuera de sentido. Es el pasaje del sujeto del inconsciente al parlêtre, en el que prima el goce del cuerpo y no las identificaciones. Es el tan traído por Freud, como por Lacan, *Ersatz*, lugar vacío, hueco, agujero, que puede ser ocupado por tantos objetos que determinarán una respuesta en el cuerpo y que la sociedad moderna tan bien ha entendido.

El Seminario XXIII inaugura una nueva clínica si bien ya desde el XIX se advertía la separación entre el significante y lo escrito.

Creo que esta relación entre letra y significante la hemos estudiado suficientemente en Talleres y Carteles parte de los aquí presente pero, quizás, hay una frase de Hebe Tizio que sea definitiva en ese sentido: “el analista no escucha, lee en lo que escucha; lee más allá de la repetición, la iteración”<sup>6</sup>. La iteración tiene que ver con la marca, la letra, la materialidad del S1 en el cuerpo a diferencia de la repetición que tiene más que ver con el sentido. Lo real es el goce más su iteración, escuché una vez. Los S1 separados, aislados, tienen estatuto de letra y no de significantes, otra.

Esto es lo que pone de manifiesto Miller en el apartado *Lo real y lo escrito* (Pág. 10 y 11) como, por ejemplo, “el significante efectúa el significado mientras que la letra es materia”. Y más allá: “este psicoanálisis herético rompe con Freud y sus históricas y desteta el sentido (Pág. 12). Lacan durante mucho tiempo mantuvo que, a diferencia de sus alumnos que podrían ser lacanianos, él era freudiano. Es a partir de su Seminario y el escrito sobre Joyce, como hereje, que reclama para sí ese calificativo. También para el psicoanálisis de orientación en lo Real, para el ultrapase, “el pase que pone al día el síntoma analítico, de lo que está hecho un análisis”.

De ahí, quizás, que Miller, tras ZADIG en Madrid y Turín, haya retomado ese espacio de los heréticos, de herejía como práctica desublimada que “apunta a lo real del síntoma” (Pág. 13). “El análisis es una respuesta especialmente tonta a un enigma” en lo que “comporta de opacidad irreductible” del goce (Pág. 15)

He estado buscando toda esa teorización expuesta en Montpellier sobre la mirada y el obsesivo a la que alude Miller. Recuerdo haberla leído pero no he podido revisarla. Quizás sea motivo de un espacio de debate en otro momento. Creo que desde el sueño Padre, no ves que estoy ardiendo, Miller recorre el estatuto del objeto mirada en el obsesivo, la histeria o la fobia distinguiendo el rasgo perverso del voyeur como creyente, sostén del Otro.

Es especialmente interesante para mí la relación de la creación, la poética y el fin de análisis como ultrapase. La obra de arte sería una escritura del orden de lo Real, con alcance Simbólico, y al mismo tiempo, apartada de lo Imaginario.

[jlchacon4@gmail.com](mailto:jlchacon4@gmail.com)

---

<sup>6</sup> Tizio Hebe: *Un otro saber hacer*. Freudiana 66, 2012